

**PARA CARACTERIZAR A ANGEL ROSENBLAT,
LINGÜISTA HISTORIADOR(1)**

Francisco Javier Pérez
Universidad Católica Andrés Bello
Instituto de Investigaciones Históricas

HISTORIAS Y LENGUAS

Cuando el lingüista alemán Friedrich Diez (1794-1876) publica su *Gramática de las lenguas románicas* en 1836 y, más aún, su *Diccionario etimológico de las lenguas románicas*, en 1854, estaban naciendo para la investigación lingüística los estudios históricos. Entendidos éstos como derivación natural del comparatismo, aquél método capaz de ofrecer luz por medio de la contrastación de semejanzas y diferencias entre las lenguas como diferencias y semejanzas entre las culturas, ahora, tratarían de demostrar el verdadero origen de las lenguas y las culturas al recorrer la evolución de las lenguas en su cargada cronología, edades y períodos que las lenguas se habían esforzado por distinguir para poder vivir en evolución.

Descarrilado en sus alcances y aplicaciones, el método histórico desembocaría en suerte de aberración en donde ya no era posible distinguir la naturaleza de los fenómenos en esencia, sino sólo a través del recurso de la comparación y el recorrido históricos de cada uno de esos fenómenos.

Ferdinand de Saussure (1857-1913), el fundador de la lingüística moderna, reaccionaría, en 1916, proponiendo una lingüís-

tica *sincrónica*, aquella del uso de la lengua contemporánea al lingüista descriptor, frente a otra *diacrónica*, sólo reconstruible a través de los monumentos de la lengua, documento estático carente del espíritu fugaz y cambiante característicos de los sistemas de signos: comunicación, pensamiento y fundación de la realidad.

Hija del estructuralismo primigenio, la estilística, creada por el saussureano Charles Bally (1865-1947), trataría la materia lingüística en su condición de discurso capaz de mostrarnos el camino de la vida. En esta idea, hacer la historia de la lingüística equivalía a hacer la historia de la cultura(2), en la expresión prodigiosa de Karl Vossler (1872-1949), seguidor del pensamiento de Wilhelm von Humboldt (1767-1835). Este último había propuesto que, además de la consideración de las implicaciones entre lengua y raza, precisamente la conexión era posible por las diferencias entre las lenguas que provenían de lo que llamó la *forma interior del lenguaje*, particular manera de entender el mundo por medio de las particularidades de cada lengua(3).

Teniendo a la vista estas contribuciones, la escuela española de lingüística, dialectólogos y estudiosos del texto literario, sin arribar al análisis del discurso que generaría el estructuralismo francés maduro, recorrerían los monumentos literarios más eximios de la lengua, para entender su propia historia y la de los hombres que la habían creado. Cervantes, Góngora y Quevedo, previo el viaje por la poesía de los santos místicos, se erigirían en los textos canónicos de la lengua española, lengua con historia completa desde sus orígenes en el latín vulgar hasta el momento contemporáneo. Amado Alonso, entre otros muchos, se levantará como defensor inteligente de la estilística como vía para el conocimiento de la lengua coloquial y de la lengua artística(4).

Historias y lenguas se entenderían como legado patrimonial de los pueblos. Historia hecha a través de las palabras, palabras que nos hablan de las edades de la cultura y de los recorridos de los hombres. Afectos y repulsiones, triunfos y fracasos de la vida de los hombres que la lengua ha reflejado en exactitud.

De esta manera, la lingüística histórica que Diez había creado iría a resolverse en simple método. Junto a esta lingüística histórica, y gracias a la fuerza que la presencia de la historia estaba ofreciendo al trabajo lingüístico, se estaría produciendo la necesidad de presentar los resultados del trabajo lingüístico en su consideración histórica: nacía, ahora, la historia de la lingüística. Más allá de notables precursores, se le debe a Vilhem Thomsen (1842-1927), en 1902, la redacción del primer texto con estos alcances.

Se habían escindido, entonces, tres disciplinas lingüísticas que tenían como referencia y método el trabajo histórico: la historia de la lengua, la lingüística histórica y la historia de la lingüística. La primera centraría su interés en entender los fenómenos fonéticos, morfológicos y sintácticos que explicarían la evolución de las lenguas. La lingüística histórica proporcionaría, a estos efectos, los métodos y produciría las documentaciones que harían posible la narración de la historia de las lenguas. Estos métodos, a su vez, serían el motivo de estudio de la historia de la lingüística, encargada de justificar el significado de los estudios sobre el lenguaje en el marco de referencias diacrónicas.

OBRA DE LINGUISTA Y OEL... DE HISTORIADOR

Hijo afortunado de estas tradiciones, Angel Rosenblat (1902-1984) (5), formado en la Argentina bajo la mirada tutelar de Amado Alonso, emprendería la nada común tarea, ímproba por su complejidad, de entender la historia de la lengua española en América y en Venezuela.

Se impondría la realización de un conjunto de investigaciones interconectadas que generarían un cuerpo de obras sustantivas para la comprensión lingüística de Venezuela y para el estudio de sus registros en el tiempo. Este proyecto estaría desde el principio pensando que no bastaba la consideración del documento lingüístico en pureza, sino que, al contrario, creería en las fraternidades disciplinarias y en sus acercamientos afectivos. Historia, antropología, literatura, folklore, entre otras, consolidarían junto a la

lengua una cosmovisión de la vida venezolana, en todo momento, tejida y destejada por el roce del tiempo.

Compilará las voces de Venezuela para entenderlas en su veracidad y en su magia, humor y expresividad de las palabras. Fundamental, a este respecto, *Buenas y malas palabras en el castellano de Venezuela* (1956) (6), así como el ensayo sobre el *Sentido mágico de la palabra* (1949) (7), serán capaces de resolver algunas de las cuestiones básicas de la disciplina lingüística.

Labor de clasificador y diferenciador, Rosenblat establecerá sus estudios lingüísticos teniendo como base una clara matriz distintiva: lengua literaria frente a lengua popular, español frente a lenguas indígenas, diversidad frente a pureza de la lengua, buenas palabras frente a las malas, lengua y estilo, lengua y cultura, lengua y educación, variación y unidad; muestras representativas de una intención bipolar contrastiva.

Sus estudios estilísticos también están signados por el sentido histórico. Tanto en *La lengua del "Quijote"* (1971)(8), como en el ensayo *Ortega y Gasset: Lengua y estilo* (1958) (9), parecen dimensionarse las consideraciones de que "la cultura es siempre un hecho histórico" (10).

Esta densa propuesta de descripción del léxico de Venezuela, de su fonetismo, gramática y tonalidad discursiva exigirá el acercamiento a la materia histórica. Obsesionado por el momento genético, Rosenblat dedicará sus más extensos tratados al estudio de la población indígena y al fenómeno de la hispanización como fenómeno de creación imaginaria. Tres pueden considerarse sus trabajos más determinantes de naturaleza histórica: *La población indígena y el mestizaje en América* (1954) (11), *Los otomacos y taparitas de los Llanos de Venezuela* (1964) (12) y *La primera visión de América* (1969) (13).

En todos, el momento creador de lo americano parece condicionar los resultados y métodos empleados. Cálculos poblacionales indígenas en donde Rosenblat comparte criterios con Peter Boyd-

Bowman, para su tiempo el especialista número uno en estas materias, buscan, más allá del dato, una descripción de los tiempos fundadores americanos, de interacción indígena e hispánica. Será esta integración indohispánica la simiente para acercarnos a las visiones míticas de lo americano, febril alucinación productora de esta visión americana que, dirá, es la visión de un sueño en donde lo europeo se ve nuevamente recreado. Posiblemente, sea esta pequeña obra maestra, sobre *La primera visión de América*, su ensayo histórico más perdurable.

Los conquistadores y su lengua (1977) (14) nos transportan a otro ámbito de reflexión. Se trata aquí de la conjunción magistral entre lengua e historia, explicaciones de reciprocidad, explicación lingüística que refuerza la historia y documento histórico propiciatorio de la lengua primera de América como largo proceso de hispanización, imagen de la Conquista desde la lengua, imagen de la lengua desde la Conquista.

Retumba en el texto recurrentemente la pregunta: “¿Cómo hablaban aquellos soldados?”(15). Se pregunta, además, si la lengua no reflejará el boato y la grandeza de los hombres que hicieron la Conquista americana. Concluye en desmitificación de la creencia de que los pobladores iniciales eran la escoria de la hispanidad, que la base de nuestro español del siglo XVI es el español de las clases privilegiadas de la vida española: “La base del español americano es el castellano hablado por los sectores medios y altos de la vida española, como se ve en el estudio de los tratamientos, en el léxico común y en el estilo general de la lengua” (16).

Como violentando la realidad histórica, que las investigaciones más recientes afirman en relación con la estirpe poblacional de la hispanización inicial, Rosenblat sostendrá una opinión contraria a estas verdades históricas al considerar el documento lingüístico por encima del histórico. Su hispanismo, traducido en el orgullo de la lengua y en su imagen de perfección, invisibilizará al ente social execrado. Los documentos, datos, informaciones y autores que invoca en refuerzo de su tesis hablan más bien de una hidalguía social y de una hidalguía lingüística. Será la razón, la

notable indiferenciación entre lengua culta y lengua popular en la realización de la lengua española: “En la formación del español americano del siglo XVI hay que tener presente no sólo la alta proporción de hidalgos y de gente culta, sino la hidalguización general” (17)

En *El nombre de Venezuela* (1956) (18) también el historiador y el filólogo, historiador de la lengua, que Rosenblat aunaba se activan para profundizar en la capacidad que tiene la palabra para fundar la realidad. Naturalidad de la metáfora, comparará la historia del nombre con la historia de la tierra venezolana: “La historia del nombre de Venezuela es desde entonces la historia de la tierra que lo lleva, y de sus habitantes, que van adquiriendo, a través de un largo y accidentado proceso histórico, el nombre de venezolanos” (19).

Cree, al respecto, en el poder fundador de la palabra y en su sentido mágico. Magia capaz de convertirse en expresión del destino de los pueblos, el nombre con el que se designa un país está, no sólo condicionándolo hacia determinados fines y diferenciándolo de los otros destinos, sino que lo constituye en su fibra cultural más genuina que la historia no hace sino refrendar: “El nombre de una colectividad no nace de una imposición personal o arbitraria. Para que subsista, necesita el consenso de generaciones. A una persona se le asigna un nombre, al nacer o al bautizarla, y lo normal es que la acompañe a través de toda su existencia, oscura o gloriosa. En cambio, los nombres de la tierra son un producto de la historia, a la vez una elaboración y una expresión de su destino” (20)

Posibilidad de corrección de la historia a través del reflejo lingüístico de la vida. Historia y lengua como enlaces necesarios para el conocimiento de la vida americana.

Una interesante aplicación de métodos históricos es llevada a cabo por Rosenblat cuando se aproxima a “Las ideas ortográficas de Andrés Bello” (1951). Ya no se trata de la lingüística que arroja

luz sobre los procesos históricos, sino de los métodos de la ciencia histórica los que iluminarán la comprensión de los fenómenos lingüísticos. Construye así una historia de la ortografía española periodizándola en parcelas cronológico-conceptuales: los orígenes ortográficos, la ortografía desde Alfonso el Sabio hasta Nebrija (1252-1492), la ortografía en el siglo XVI, la ortografía en el siglo XVII, la ortografía académica (1726) y, finalmente, organiza un recorrido de la ortografía académica hasta las propuestas de Andrés Bello en pleno siglo XIX (21).

En 1961 escribe la "Presentación" de una obra singular: *La lengua de Bolívar* que firma Martha Hildebrandt, lingüista peruana radicada para aquel entonces en Venezuela. Como resultado de una investigación de siete años llevada a cabo bajo su mirada en el Instituto de Filología "Andrés Bello", destacará, en el texto de apertura de este trabajo sobre la materia léxica documentada en la obra escrita de Simón Bolívar, la implicación que el estudio lingüístico comporta con la consideración de la historia conducida por la lengua. "Contribución filológica e histórica", Rosenblat la singulariza en su capacidad de reconstruir el ambiente cultural e ideológico de la emancipación: "Las voces nuevas, que Bolívar adopta sin cobardía, con espíritu de grandeza, son portadoras de ideas nuevas y vienen a cumplir una misión"(22). Está, asimismo, convencido de que Bolívar lucha no sólo con las armas, sino, además, y sustantivamente, con la lengua española, lengua eficaz, arma poderosísima para la liberación de Venezuela y América.

Muy por encima de estos textos sustantivos, Rosenblat se entenderá como lexicógrafo. Hacedor de diccionarios, confiará en el registro léxico como en el más notable indicador de la etnografía, ideología, historia y vida de los hombres. Lingüista e historiador, se reunirán en una sola propuesta en el proyecto de elaboración más ambicioso de los tiempos modernos en la cultura y ciencia de Venezuela: la elaboración del diccionario histórico de nuestra lengua.

EL DICCIONARIO HISTÓRICO Y SU HISTORIA DICCIONARIOLÓGICA

Efectivamente, Rosenblat responde a un añejo sueño de los lexicógrafos de nuestra lengua cuando diseña el proyecto de elaboración de un diccionario que dé cuenta de la historia de la lengua española en Venezuela. Obra de magnitudes y de complejidades inusuales, debía describir el paso del tiempo grabado en las palabras.

Para cada una de ellas, el investigador ha preparado una ficha o papeleta, como antes gustaba llamarse, en donde anotará los lemas y sus variantes ortográficas, junto a las distintas acepciones y significaciones que las voces hubieran presentado a lo largo de su vida como palabras.

Así, la *lectura* de un artículo supondría el complejo entramado de las significaciones y las documentaciones textuales en que éstas hacían su debut en la vida de los hablantes, para referir, como en un libro de historia, la historia de las palabras que nos hablaba de la historia de los hombres y los pueblos.

Durante treinta años (1947-1977), como faena central del instituto que dirige desde la Universidad Central de Venezuela, y para la que ha formado a numerosas cuadrillas de investigadores con variable suerte y estirpe, se ocupa personalmente de anotar unas 100.000 papeletas que respondían a otras tantas entradas de su diccionario en crecimiento (23).

Filigrana documental que desbordaría al más capacitado de los filólogos, esos maestros en la historia de las lenguas a través de sus textos, Rosenblat, como otrora el Rafael María Baralt (1810-1860) del *Diccionario matriz de la lengua castellana* (1850), sucumbe ante la inmensidad del océano lingüístico y de la tarea de describirlo minuciosamente. Si exceptuamos al lingüista merideño Julio César Salas (1870-1933), quien logra culminar los dieciséis volúmenes de su diccionario comparado de lenguas indígenas y que titula *Orígenes americanos* (1924), el trabajo de Rosenblat escinde la historia de nuestra lingüística en dos porciones

identificables. Nunca otro proyecto fue tan notable en inmensidad y en complejidad estructural. Paradójicamente, esta complejidad e inmensidad constituyeron una de las causas de su inconclusión. Tradicional en sus ambiciones lexicográficas, sucumbe ante la magnitud de una labor que hubiera tenido que recurrir a un equipo coherente y amplio de investigadores. En cambio, trabaja en la soledad de su taller como herencia de los viejos métodos.

Suponía el proyecto revisar textos de índole variadísima. Historia, literatura, folklore, crónica y prensa escrita constituirían, entre otras, las fuentes que aportarían el material léxico motivo de posterior descripción y análisis. Lamentablemente, nunca podremos conocer la propuesta descriptiva de Rosenblat, ya que, desde su perspectiva, aún el material recogido no estaba a punto para ser procesado y convertido en diccionario. Por otra parte, la enfermedad y la muerte del maestro, así como la impericia o el desinterés de sus seguidores, abortarían su proyecto en otro texto muy lejano en objetivos y alcances (24).

Lo que sí logró Rosenblat fue publicar y ver crecer en ediciones ricas y enriquecidas permanentemente, sus *Buenas y malas palabras*, texto paradigmático en nuestros estudios del lenguaje, aún hoy fuente imprescindible para su conocimiento. Aunque esta obra no mostraba abiertamente una concepción historiográfica, las voces analizadas con profusión de recursos exigían una vinculación con el tiempo histórico en el que habían funcionado semánticamente. Su visión de filólogo es a la par la visión de un historiador para quien la vida no transcurre en vano, sino que esa vida va grabando su imagen en el lenguaje que dará su testimonio fidedigno e inequívoco. En uno de los estudios más representativos de su método, "El habla de Caracas en los últimos treinta años (1935-1965)" (25), asentará los principios del filólogo historiador: "Caracas era en 1935 una modesta capital provincial de unos 250.000 habitantes que aún habría reconocido Diego de Losada. En treinta años la vieja ciudad de lentos peatones se ha transformado en una portentosa Metrópoli de febril automovilismo, inquieta y dinámica, a tono con la última pulsación de la vida moderna; una ciudad monumental –con más de millón y medio de

habitantes- que ya no reconocen los caraqueños viejos. Transformación tan profunda, ¿no se reflejará en el habla?”(26).

Es posible aproximarnos a momentos diferentes del tiempo venezolano por la sola referencia, hálito evocador de las palabras, que comportan las voces creadas para crearnos en especificidad y contraste con otros pueblos.

Reconstruye la historia del país a través de la recolección léxica resultado de una clasificación léxico-semántica de las voces. Le interesan no sólo las formas, en respuesta a su formación de estilista, sino los contenidos poderosos y expresivos de las palabras. Estos campos de consideración también nos hablan de sus obsesiones de investigador: tradición (*butaque, carriel, hallaca, mabita, ñapa, panela, refistolero*) y novedad (*ciudadano, clubs, pensum*), herencia indígena, costumbres y vicios ciudadanos (escribirá un “Tratado general de la rasca”, para la edición de 1957), tecnología y modernización (*refrigeradora, picot, estereofónico, gandola*), corrección y enriquecimiento, presencia extranjera (*aposta, bolas criollas, menestrón, mezzanina, piñata*) y la vida política (“Buenas y malas palabras de la política”, para la edición de 1958) (27).

En otro sentido, sus *Buenas y malas palabras* rozan la consideración etnográfica del trabajo lingüístico y parecen, a ratos, afincarse en el estudio de las mentalidades a través de la lengua. Lingüista de las mentalidades, entenderá el valor que para el trabajo histórico comporta el estudio del reflejo de las ideas y mentalidades en el lenguaje, en donde éste gana en capacidad de representación; en definitiva, símbolo cultural más poderoso que la referencia: “Mi punto de partida y mi método ha tratado de ser siempre lingüístico. Pero a través de lo lingüístico hay en estas páginas una tentativa de comprensión de lo venezolano. Como la forma articulada del lenguaje, con su juego permanente de tradición y de innovación, es expresión de una forma interior, espiritual—de acuerdo con la fecunda concepción de Guillermo de Humboldt—, se puede penetrar, a través de los usos venezolanos, en el alma venezolana, creadora y moldeadora de esos usos. Porque detrás de

las palabras, a veces oculto o disimulado en ellas, está siempre el hombre. Quizá estas *Buenas y malas palabras* ayuden a entender algunos aspectos de la historia y de la vida de Venezuela”(28)

Fue un pionero del análisis del discurso histórico entendido como fuente para el conocimiento lingüístico. Procedía, entonces, en doble direccionalidad: el conocimiento del léxico llevaría al conocimiento histórico y el conocimiento de la historia al de la lengua.

LENGUAS E HISTORIAS

Todo este proyecto de estudio del hombre venezolano en su lenguaje y del rastreo de sus huellas en el tiempo convertiría a Rosenblat en una referencia de obligada e inaplazable consulta. Había llenado con su sabiduría de investigador una época muy determinante de la reflexión sobre el hablar venezolano. Paradigma del trabajo lingüístico, nos enseñó la disciplina y el oficio de preguntarnos el porqué de la lengua; nos enseñó a amar a Venezuela a través de sus palabras y de su manera expresiva de hablar (29). Para ello confió desmesuradamente en el diccionario, ese universo epistemológico hecho de palabras, como libro que nos ofrecería la posibilidad de vernos como en un espejo. Quiso decir, por medio de una obra en la que subyace una emoción incontenible por lo venezolano, que la lingüística, más allá de su metodología y rigor de formulación, es conocimiento del hombre y oportunidad para comprenderlo en lo que de más humano tiene: lengua como comunicación, pensamiento, afectividad y visión del mundo.

Lenguas indígenas, español de Venezuela, historias indígenas e hispánicas, lenguas en la historia, historias en la lengua, multiperspectiva del trabajo de dibujar una imagen que nos satisfaga en el panorama de los universos nacionales, etnográficos, culturales y humanos. Es así como debe ser visto el aporte de este historiador lingüista y de este lingüista historiador que lleva por nombre Angel Rosenblat y que nuestra historiografía lingüística e histórica siempre tendrá en su memoria.

La crítica lingüística debe caracterizar aún más fecundamente esta relación en la obra del más prodigioso de nuestros modernos estudiosos del lenguaje. Historias en la lengua y lenguas en la historia parecen ser hoy la más atinada posibilidad de ver en Rosenblat un adelantado de los estudios culturales y un convencido de las capacidades del trabajo lingüístico para retratar la arquitectura espiritual de los pueblos.

NOTAS

- 1 Una versión preliminar de este estudio fue presentada como ponencia, con el título "Angel Rosenblat: Historias en la lengua, lenguas en la historia", en el *II Seminario de Investigación Historiográfica: "Historiógrafos de Venezuela del siglo XX"*, celebrado en la Universidad de los Andes (Mérida, 7 al 10 de septiembre de 1999). Manteniendo los mismos enfoques, el presente texto se ha enriquecido con citas y referencias más ilustrativas, así como con nuevos desarrollos explicativos.
- 2 Fernando Arellano: *Historia de la lingüística*. Caracas, Universidad Católica Andrés Bello/ Institutos Humanísticos de Investigación, 1979; I, p. 225.
- 3 Iorgu Iordan: *Lingüística románica. Evolución, corrientes, métodos*. Madrid, Ediciones Alcalá, 1967.
- 4 Francisco Javier Pérez: "Retratos de lingüistas: Rosenblat en Amado Alonso y Leo Spitzer", *Actualidades* (CELARG) (Caracas), 8: 187-193.
- 5 Fundación Polar: *Diccionario de Historia de Venezuela*. Caracas, Fundación Polar, 1997, III: 1006. Se consignan aquí datos puntuales sobre su bio-bibliografía.
- 6 Angel Rosenblat: *Buenas y malas palabras*, en *Biblioteca Angel Rosenblat*. Caracas, Monte Avila Editores, 1987-1989; I y II (*Estudios sobre el habla de Venezuela. Buenas y malas palabras*).

- 7 Angel Rosenblat: "Sentido mágico de la palabra", en *Revista Nacional de Cultura*. Caracas, N° 72, 1949; pp. 15-30.
- 8 Angel Rosenblat: *La lengua del "Quijote"*. Madrid, Editorial Gredos, 1971.
- 9 Angel Rosenblat: *Ortega y Gasset: Lengua y estilo*. Caracas, Universidad Central de Venezuela/ Facultad de Humanidades y Educación/ Instituto de Filología "Andrés Bello", 1958.
- 10 *Ibid.*, p. 70.
- 11 Angel Rosenblat: *La población indígena y el mestizaje en América*. Buenos Aires, Editorial Nova, 1954. (2 vols.; I: "La población indígena. 1492-1950"; II: "El mestizaje y las castas coloniales"). Analiza, en esta obra, en respuesta interdisciplinaria, la "Nomenclatura de las castas" (II, 173-179). En esta obra pondrá en práctica una metodología de estudio histórico que consistía en el desplazamiento cronológico inverso de la materia de análisis. Así, ésta iría conduciendo el estudio desde el estado actual de la población indígenas hasta el momento del Descubrimiento: "En nuestro estudio nos remontamos paulatinamente desde la actualidad hasta 1492, de lo conocido a lo desconocido" (I: 15).
- 12 Angel Rosenblat: *Los otomacos y taparitas de los llanos de Venezuela*. Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1964 (Separata del *Anuario* del Instituto de Antropología e Historia, tomo I, 1964). En buena parte de este estudio Rosenblat ensayará una propuesta de análisis comparativo de raíz filológica que recuerda lo más perdurable de los maestros del XIX. Organiza, a partir del *Vocabulario Otomaco* de la Biblioteca del Palacio Real de Madrid, compuesto por Fray Gerónimo José de Luzena en 1788, uno propio con referencias provenientes de textos de Gumilla, Gilij, Crévaux y otros autores. En otro sentido, el método *Palabras y cosas* parece estar muy presente como herencia romanística de la centuria comparativa: "Acompañamos cada voz con las refe-

rencias gramaticales que la explican, con el aparato comparativo que hemos podido reunir y con los conocimientos de la vida cultural que la ilustran, ateniéndonos, en lo posible, al lema *Wort und Sache*. En la comparación procedemos con la máxima prudencia, ya que se ha ridiculizado, con razón, la desmedida afición a un comparatismo superficial” (p. 322).

- 13 Angel Rosenblat: *La primera visión de América y otros estudios*. Caracas, Ediciones del Ministerio de Educación, 1965.
- 14 Angel Rosenblat: *Los conquistadores y su lengua*. Caracas, Universidad Central de Venezuela/ Ediciones de la Biblioteca, 1977.
- 15 *Ibid.*, p. 50.
- 16 *Ibid.*, p. 89.
- 17 *Ibid.*, p. 70. Estaba convencido de la significación cualitativa de la hidalguía del conquistadores en la formación del español americano, restándole valor al elemento cuantitativo: “Haya sido mayor o menor la proporción de hidalgos en los contingentes conquistadores y pobladores del siglo XVI, su importancia es de todos modos incuestionable. Conviene, pues, ver qué era el hidalgo y qué aportaba, social, cultural y lingüísticamente, a la vida hispanoamericana de la época” (p. 57).
- 18 Angel Rosenblat: *El nombre de Venezuela*. Caracas, Universidad Central de Venezuela/ Facultad de Humanidades y Educación/ Instituto de Investigaciones Históricas, 1956. En esta misma línea, ha investigado tempranamente *El nombre de la Argentina* (1940).
- 19 *Ibid.*, p. 51.
- 20 *Ibid.*, pp. 51-52.

- 21 Angel Rosenblat: "Las ideas ortográficas de Bello", en Andrés Bello: *Obras Completas*. Caracas, Ministerio de Educación, 1951; V ("Estudios gramaticales"). Además, ha dedicado otros textos al estudio de la obra lingüística de Bello: *El pensamiento gramatical de Bello* (1965) y *Andrés Bello a los cien años de su muerte* (1966). El método *Origen e historia* será, también, puesto a prueba en otros estudios: "Origen e historia del *Che* argentino" (1962).
- 22 Angel Rosenblat: "Presentación", en Martha Hildebrandt: *La lengua de Bolívar. I. Léxico*. Caracas, Oficina Central de Información, 1974; p. 9. Aunque la primera edición la llevó a cabo la Universidad Central de Venezuela, cito por la edición especial mencionada, realizada con motivo del Sesquicentenario de las Batallas de Junín y Ayacucho y del Congreso Anfictiónico de Panamá.
- 23 Francisco Javier Pérez: *Estudios de lexicografía venezolana*. Caracas, Ediciones La Casa de Bello, 1997; 114.
- 24 Martha Hildebrandt: "Mi recuerdo de Angel Rosenblat", *Boletín de la Academia Venezolana de la Lengua*, 160 (Caracas, julio-diciembre de 1987), p. 43: "Porque yo también me permití, con respeto y cariño, aconsejarlo algunas veces. Sobre todo en cuanto a empezar a redactar y publicar el *Diccionario de venezolanismos*, cuyo insaciable fichero seguía interminablemente alimentando. No quiero imaginarme su expresión al ver que en el primer tomo publicado en 1983 (y recibido por mí después de su muerte), él sólo figura como supervisor y coordinador de la papeletización de la obra en que dejó los treinta años más plenos de su vida". Pedro Grases: "Angel Rosenblat, maestro (1902-1984)", en *Obras*. Caracas-Barcelona-México, Editorial Seix Barral, 1989; 18 (*Ensayos y reflexiones III*), p. 316: "Se produjo el hecho afortunado de ir Mariano Picón Salas como ministro de Venezuela al Sur. Decidió contratar a Angel Rosenblat para que se trasladase a Venezuela y se encargase de llevar a cabo lo que ahora se ha realizado, en parte, que es el *Diccionario*

de *Venezolanismos*". Otras aproximaciones críticas a la obra lingüística de Rosenblat podrían, también, perfilar más su imagen: 1) Emma Susana Speratti Piñero: "Angel Rosenblat, *Buenas y malas palabras en el castellano de Venezuela*", en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, México, 11 (1957), pp. 397-401; 2) María Rosa Alonso: "Angel Rosenblat y el español de Venezuela", en *Cultura Universitaria*, Caracas, 64 (1958), pp. 74-78; 3) Maurice Molho: "*Buenas y malas palabras en el castellano de Venezuela de Angel Rosenblat*", en *Bulletin Hispanique*, Bruselas, 66 (1964), pp. 213-233; 4) Jesús Sanoja Hernández: "Veinte años de *Buenas y malas palabras*", en *Papel Literario* (El Nacional), Caracas, 16-1-1977, pp. 2-3; 5) Fernando Fernández: "El pensamiento lingüístico de Angel Rosenblat", en *Buenas y malas palabras*", en *Actas del VI Encuentro Nacional de Lingüística*, Mérida, Universidad de Los Andes, 1984; pp. 17-24; 6) Maritza Jiménez: "Angel Rosenblat: La lengua cambia, las gramáticas quedan", en *El Universal*, Caracas, 16-12-1984; 7) María Josefina Tejera: "Rosenblat y una historia de diccionario", en *Cultura Universitaria. Revista de la Dirección del Cultura de la Universidad Central de Venezuela*, Caracas, 109 (1988): 43-46; 8) Francisco Javier Pérez: "Cinco siglos de lexicografía del español en Venezuela", en *Montalbán*, Caracas, 24 (1992): 152-153; 9) Francisco Javier Pérez: "Un país de la A a la Z", en *Imagen*, Caracas, Año 31, 1 (1998).

- 25 Angel Rosenblat: "El habla de Caracas en los últimos treinta años (1935-1965)", en *Biblioteca Angel Rosenblat*. Caracas, Monte Avila Editores, 1989; II (*Estudios sobre el habla de Venezuela. Buenas y malas palabras*). Este estudio podría entenderse como la contraparte lingüística de los ensayos de sentido histórico testimonial que Mariano Picón Salas (1901-1965) había escrito para la comprensión de la Caracas en transformación de modernidad: "Caracas en cuatro tiempos" (1945-1957), en *Biblioteca Mariano Picón-Salas*. Caracas, Monte Avila Editores, 1988; II (*Suma de Venezuela*), pp. 228-263.

- 26 *Ibid.*, p. 277.
- 27 Para la decodificación del significado de estas voces remito, una vez revisado el texto de Rosenblat, a Rocío Núñez y Francisco Javier Pérez: *Diccionario del habla actual de Venezuela*. Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 1994.
- 28 Angel Rosenblat: *Buenas y malas palabras*, ob. cit., t. I, pp. XIX-XX ("Palabras preliminares"). En *La primera visión de América* la perspectiva del estudio es siempre la de afianzar la interpenetración de las mentalidades americanas y europeas, en donde cada una va participando de la otra hasta constituir las dos modalidades de un mismo proceso: "Así, los nombres de las cosas y de los lugares y la visión misma del conquistador de América representan una proyección de la mentalidad europea. Los descubridores y pobladores hicieron entrar la realidad americana en los moldes de las palabras, los nombres y las creencias de Europa. Es decir, la acomodaron a su propia arquitectura mental. Sobre el mundo americano proyectaron no sólo la realidad tangible de su mundo europeo, sino también su tradición literaria, mitológica y religiosa" (ob. cit., p. 45); "América es en cierto sentido un mundo nuevo, enteramente nuevo e irreductible. En otro sentido es también una nueva Europa" (Ibid., p. 46).
- 29 Francisco Javier Pérez: "Angel Rosenblat: El hombre que amó a Venezuela por sus palabras", *Papel Literario* (El Nacional, Caracas, 9 de agosto de 1998) (Serie 50 imprescindibles, 29/50).